

## Carta del Padre Director N° 10

### ¡Queridos Caballeros de la Inmaculada!

Para entender correctamente a San Maximiliano Kolbe, hay que volver a las fuentes más importantes que han moldeado e inspirado su vida interior: la historia de su país, totalmente marcada por la presencia de María, especialmente venerada en Polonia como el “comandante en jefe” de los ejércitos cristianos; la Medalla Milagrosa; las apariciones de María en Lourdes, y especialmente **San Luis María Grignon de Montfort**.

Lo más probable es que haya conocido al gran maestro de la “devoción perfecta a María” durante sus estudios en Roma. Ciertamente, no es una coincidencia que haya sido ordenado sacerdote el 28 de abril, fiesta de San Luis (en ese momento Beato Luis), hace exactamente 100 años.

Dio a conocer a San Luis en Polonia, e imprimió y publicó la primera traducción polaca del “Secreto de María”. En el prólogo, él mismo escribió una breve biografía y un resumen de la espiritualidad de San Luis. Sobre todo, enfatiza la similitud de la situación en los diferentes tiempos en que ambos vivieron. En ese momento los enemigos eran los jansenistas, hoy son los francmasones y otras sectas; la marca distintiva de todos ellos: un odio por la verdadera devoción a Jesús y María. Al igual que los Caballeros de la Inmaculada de hoy, Grignon era entonces el gran apóstol de la Mediadora de todas las gracias: como instrumento perfecto en sus manos inmaculadas, salvó a incontables almas de las cadenas de Satanás durante sus misiones populares. Al igual que la M. I. de hoy se enfrenta a los ejércitos del mal que lo dominan todo, así también Grignon quedó expuesto al poderoso poder de los enemigos. A menudo solo, abandonado incluso por sus amigos, se convirtió en el blanco de la malicia y la envidia de los herejes. Sin embargo, y sobre todo, Luis María y Maximiliano se unen desde la fuente de toda fortaleza y valentía: confiaron en Nuestra Señora y fueron absolutamente obedientes a Ella en todo. ¡Solo su HERENCIA cuenta completamente, siempre y en todas partes!

Hay, sin embargo, una coincidencia aún más importante: Grignon de Montfort se inspiró ciertamente “desde arriba” cuando señaló el papel de María en los últimos tiempos: cuando la supremacía del Dragón y sus sirvientes es tan grande que casi logra destruir la Iglesia y atraer a casi todos los hombres por el camino de la condenación, es cuando aparece la Mujer apocalíptica (Apoc. 12, 1). A través de sus fieles servidores, Ella aplasta la cabeza de Satanás y vence todos sus ataques; pero sobre todo, a través de estos pocos fieles “apóstoles de Jesús y María de los últimos tiempos”, arrebató incontables almas al adversario. San Maximiliano llama la atención de los Caballeros de la Inmaculada sobre la descripción de Grignon de estos fieles esclavos de María, que no temen a ningún poder, que van donde

la Reina los envía, que sostienen el crucifijo en su mano derecha, el rosario en su mano izquierda, y han escrito los nombres de Jesús y María en sus corazones.

Quiere que los Caballeros de la Inmaculada se identifiquen con los Apóstoles de Jesús y María de los últimos tiempos: “Nuestro objetivo y los medios para lograr este ideal (apóstoles de Jesús y María) están en completo acuerdo con los puntos de vista de San Luis María. Su deseo más sincero, el deseo de toda su vida, fue honrar a la Inmaculada como la Reina de toda la humanidad, entregar a su amor todos los corazones de los hombres”.

Por esta razón, en conformidad con el deseo de San Maximiliano, todos los habitantes de la Ciudad de la Inmaculada, tanto en Polonia como en Japón, hicieron la consagración según San Luis María. Para convertirse verdaderamente en un Caballero de la Inmaculada Concepción en el pleno sentido de la palabra, hay que ser su hijo obediente y su esclavo sumiso. Para convertirse totalmente en un instrumento, hace falta pertenecer totalmente al artista como su propiedad.

Es cierto que San Maximiliano hace que sea fácil para todos convertirse en un Caballero, y básicamente no exige nada más en la práctica que la Consagración, una pequeña oración diaria y el uso de la Medalla Milagrosa. Sin embargo, expresa su deseo más profundo de que cada Caballero se llene con el gran ideal de haber recibido una misión magnífica e indescriptiblemente significativa: debemos esforzarnos cada vez más por pertenecer a la Inmaculada por completo, ser totalmente obedientes a ella y convertirnos en un instrumento que Ella pueda usar, ya que quiere salvar a tantas almas como sea posible.

Sin embargo, esto es indeciblemente difícil, especialmente en nuestros tiempos. Y cuanto más cerca esté el final, ¡más difícil y más peligrosa será la pelea! En tales momentos, nunca debemos olvidar que lo mínimo que hagamos por la Inmaculada será generosamente recompensado por Ella. Los primeros en recibir y quedar llenos de las gracias de la Inmaculada, serán sus instrumento fieles, nosotros mismos. Mis esfuerzos por la conversión de los pobres pecadores me beneficiarán en primer lugar a mí, el más pobre de los pobres pecadores.

**Pero, ¿cuál es la diferencia entre las dos consagraciones? ¿Cómo se relacionan entre sí?**

Nuestra Señora le dio a San Luis María la gracia de la verdadera y perfecta devoción hacia Ella. A través de esta devoción Ella se convierte en nuestra Madre y Reina en el verdadero sentido de la palabra,

y nosotros en sus hijos y esclavos. Como Madre, Ella toma nuestras manos y nos ayuda a regresar a Dios, a salvar nuestras almas, a liberarnos de las trampas del diablo y aferrarnos a Jesucristo. De esta manera, cumplimos nuestras **promesas bautismales** y comenzamos a cumplir **el mandamiento más grande de Dios**: ¡el amor de Dios por sobre todas las cosas! Visiblemente, la “devoción perfecta” se nos da para nuestra propia conversión y santificación, para nuestra relación con Dios mismo: “Sin mi Madre y mi Reina, nunca encontraré SU verdad, SU vida y SU camino. Y aunque encontrara esta verdad y esta vida una vez, volvería a perderla seguramente sin María. Pero ahora que Ella gobierna la nave de mi vida, Ella me llevará de manera segura al puerto”.

Después del primer y mayor mandamiento de amor a Dios, Nuestro Señor Jesucristo nos exige que también nos “amemos unos a otros como El nos ha amado”, y a esto Él lo llama SU **nuevo mandamiento**. Ahora bien, ¿cómo nos ha amado Cristo? Se dio a sí mismo para salvarnos de la condenación eterna y para llevarnos a la bienaventuranza eterna.

También aquí, tenemos que preguntarnos: ¿Con qué frecuencia pensamos en la salvación de nuestros semejantes? No nos preocupamos en absoluto por la mayoría de ellos, otros nos molestan, y si le deseamos algo bueno, entonces se trata principalmente de “salud, bienestar y éxito”.

Y aquí también, el Señor nos envía una ayuda para que podamos practicar cada vez mejor **el gran mandamiento de la caridad**: es la Madre amorosa, la Reina, quien después de Cristo ama tanto a todas las personas, a cada una de ellas mucho más de lo que todas las mejores madres del mundo juntas podrían amar a sus amados hijos. Además, Cristo le dio todas sus gracias para que estas personas se conviertan y salven. Pero ahora Dios también quiere que participemos en este trabajo. Por eso hemos recibido otro sacramento, la **santa Confirmación**, que nos otorga el Espíritu Santo no sólo para nuestra propia santificación, sino también para convertirnos en soldados de Cristo y participar en la edificación del Cuerpo Místico de Cristo.

Para no desperdiciar estas grandes gracias de la santa Confirmación, y entrar finalmente en el ejército del Rey y seguir su llamado, el Señor nos envía la Inmaculada para que podamos convertirnos en sus Caballeros, unirnos a su pequeño ejército y ayudarla a salvar las almas de sus hijos, tantos como sea posible. Y he aquí que la Reina del cielo y de la tierra se convierte en nuestra servidora, viene a mí y me suplica humildemente: “¡Hijo mío, te necesito! ¿Quieres ayudarme a salvar a mis hijos, las almas inmortales? Muchos se pierden para siempre porque no hay nadie que rece y se sacrifique por ellos” (Fátima, 19 de agosto de 1917).

**Aquí también, la Inmaculada nos ha enviado a su siervo, que debe enseñarnos a salvar las almas como sus instrumentos y desplegar cada vez más las gracias de la santa Confirmación: San Maximiliano Kolbe fundó la Milicia Inmaculada para poner a todo el mundo bajo sus pies, “para que Ella pueda aplastar la cabeza del diablo en todas partes y vencer las herejías de todo el mundo”.**

Así como el amor del prójimo se construye sobre el amor de Dios y lo presupone, y dado también que la Confirmación se basa en el Bautismo, lo presupone y lo complementa, del mismo modo todo el trabajo de Maximiliano se basa en la Consagración total de San Luis María, como su extensión y complemento. En otras palabras, para completar la Consagración total a María según San Luis María, hace falta el acto de Consagración de San Maximiliano. Sólo entonces nuestra existencia entera dependerá de María, impregnada por su presencia y plenitud de gracia: no sólo nuestra relación con Dios, sino también nuestra relación con nuestro prójimo; no sólo nuestra propia santificación, sino también la misión que hemos recibido de Dios en este mundo, es decir, ser los campeones de Cristo para la expansión de su reino. Nuestro camino al cielo, nuestras luchas en la tierra por la salvación de las almas: todo, sin excepción, le pertenece a Ella, así como Ella pertenece a Dios.

Por otro lado, sin embargo, esto también significa que el Caballero de la Inmaculada debe ser continuamente consciente de su fundamento espiritual: “Oh mi Reina, victoriosa en todas las batallas de Dios, sólo puedo ser tu instrumento y Caballero en tu ejército en la medida en que sea totalmente hijo tuyo, y Tú mi Madre; sólo si yo soy tu esclavo, y Tú mi Señora”.

Estrictamente hablando, no se puede ser realmente su Caballero sin la Consagración total a través de la cual reconocemos solemnemente a María como nuestra Madre y Reina, y por lo tanto nuestra absoluta dependencia de Ella como hijos y esclavos suyos.

Si todavía no has hecho tu Consagración según San Luis María, el Comandante en Jefe desea invitarte a descubrir el secreto de la victoria segura en todas las batallas y peleas. Si rechazas esta invitación, nunca serás un luchador entusiasta de la Inmaculada; al contrario, a menudo serás demasiado débil para resistir los ataques de los terribles enemigos. Además, no podrás hacer nada especial en la batalla, porque el general solo puede contar un poco contigo, ya que tus armas están oxidadas o tu munición está agotada.

Si ya has recibido la indescriptible gracia de que la Reina te haya aceptado como esclavo e hijo, y aunque teóricamente ahora Ella te pueda llevar a las alturas de la perfección, es muy importante renovar una y otra vez la entrega total a María, al menos una vez al año.

La razón es muy sencilla: mientras vivamos, siempre nos faltará la confianza para entender completa y seriamente esta devoción. ¡Con cada renovación de nuestra Consagración nos volvemos un poco menos indignos y un poco más fieles!

Hay otra razón: la lucha es terrible, estamos siempre en el campo de batalla. El Caballero puede cansarse fácilmente, sobre todo cuando está constantemente ocupado ayudando a la Inmaculada a salvar almas. La interminable perturbación nos agota. Por eso la Madre quiere atraernos hacia Ella, para que podamos descansar por un momento junto a Ella, como un niño en el corazón de la madre. Ella quiere recordarnos nuevamente cuánto nos ama, cómo es nuestra Madre y qué quiere de nosotros (segunda semana de preparación). Ella quiere que reflexionemos una y otra vez sobre quiénes somos, como criaturas totalmente dependientes de Dios, pero también como hombres pobres y caídos (primera semana de preparación). Sobre todo, Ella desea conducirnos a su Hijo, para que a través de Ella podamos conocerlo y amarlo plenamente, y pertenecer a Aquel que nos ha amado “sin límites, y que se entregó por nosotros a la muerte de cruz” (tercera semana de preparación)[1].

La solemnidad preferida por San Luis María es el 25 de marzo, Fiesta de la Anunciación, en la que todos están invitados a renovar (o hacer por primera vez) el acto de Consagración. La gran solemnidad de la M.I. es el 8 de diciembre, Fiesta de la Inmaculada Concepción, en la cual debemos renovar el acto de Consagración como sus instrumentos. Por lo tanto, la preparación y la Consagración como esclavos empieza normalmente en la Cuaresma, mientras que la Consagración como Caballeros empieza en el tiempo de Adviento. ¿No es esto un recordatorio de la Providencia, que de esta manera nos ayuda a hacer una resolución maravillosa en estos tiempos de penitencia y conversión?

Sin embargo, todas las demás Fiestas de María son la ocasión adecuada para renovar nuestras consagraciones a la Inmaculada, una devoción importante para que nunca olvidemos nuestra identidad: ahora y por toda la eternidad tenemos el privilegio de ser hijos, esclavos y Caballeros de la Inmaculada. **¡Ya bien podemos ALABAR Y GLORIFICAR A MARÍA por una gracia tan inmerecida!**

Yakarta, el 26 de febrero de 2018

Karl Stehlin

[1] Para la renovación anual del acto de consagración, San Luis María desea que la preparemos durante tres semanas: “Cada año, en el mismo día, hay que renovar la consagración durante tres semanas según los mismos ejercicios. También podéis renovarla cada mes o incluso cada día repitiendo esta breve oración: “Yo soy todo Tuyo y todo lo que tengo es Tuyo, mi amado Jesús a través de María, Tu santa Madre” (Tratado nº 233).